

LA EXPEDICIÓN G.U.M. 1958 A LA TORCA DEL CARLISTA

LA PÁGINA EN BLANCO

TEXTO



Josu Granja
(Bilbao, 1965)

Ha sido redactor de la revista *Pyrenaica*. Espeleólogo del grupo ADES Elkartea (Gernika), especializado en fotografía subterránea.

En octubre de 1958 una expedición organizada por la sección de espeleología de los Grupos Universitarios de Montaña de Bilbao consiguió el tercer descenso absoluto a la Torca del Carlista, emblemática sima de Carranza que alberga una de las mayores salas subterráneas del mundo. Con una coordinación perfecta, estuvieron diez días en el interior y realizaron un excelente trabajo de topografía, pero todos los demás detalles de aquella exploración han sido una incógnita hasta ahora. Alguna reseña en la prensa de la época y poco más. La topografía original nunca se publicó. ¿Quiénes fueron, cómo se organizó una empresa de tal envergadura para los medios de aquella época? Hoy, casi sesenta años después, y gracias al trabajo de investigación, haremos posible que *Pyrenaica* escriba esa página en blanco de la historia de la espeleología.



El equipo de punta de los G.U.M.: "Chiqui" Garbayo, Pellón, López de Munain y Herrero en el fondo de la Sala Récord (Sala Aranzadi) - FOTO: Carlos Pellón

LA FORMACIÓN DE LOS G.U.M. DE BILBAO

Era el tercer descenso a las profundidades de esta gran cavidad, después del primero de Jon Arana en abril de 1958 y el segundo del mismo Arana con Félix Ruiz de Arcaute, Adolfo Eraso y José Luis Puente en julio de ese año, ambos con el Grupo Espeleológico de la

Diputación de Vizcaya (G.E.V.) como anfitrión. Sin embargo, no iba a tener nada que ver con las anteriores.

El origen del tercer descenso al Carlista hay que buscarlo en la Escuela de Ingenieros Industriales de Bilbao. Allí encontramos en 1957 a Carlos Pellón, joven estudiante santanderino de origen e inquieto por el novedoso deporte-ciencia de la espeleología. Había hecho un curso de iniciación a la exploración subterránea convo-

cado por los Grupos Universitarios de Montaña de Madrid. Estos grupos, integrados en el Sindicato Español Universitario¹, se estaban creando en las universidades de todas las provincias, y así se haría también en Bizkaia.

En aquella reunión fundacional de los G.U.M. de Bilbao en 1957 eran mayoría los adeptos del esquí, deporte de moda entre los de montaña. Allí encontraban el glamour necesario los universitarios de un Bilbao desarrollista, en plena ebullición industrial y demográfica. Así que, cuando acabó de organizarse el grupo de esquí, casi nadie reparó en aquel joven enjuto, de gesto concentrado y aspirante a espeleólogo, que se mantenía algo apartado del tumulto. Levantó la mano y dijo que quería formar otro grupo, en este caso dedicado a la espeleología. Se hizo el silencio y se rompió con un "muy bien, como no hay nadie más interesado, móntalo y tú serás el jefe". Así fue como dieron comienzo los G.U.M. de espeleología en Bizkaia, con Carlos Pellón al frente.

Había que empezar casi de cero. Una cuerda de cáñamo y mucho entusiasmo eran los materiales de que se disponía, pero la exploración subterránea exigía unas mínimas garantías de seguridad. Había que solicitar más material y se recurrió al ingenio. "Hic yacet GUM per roturam unquam cordam". Así rezaba el cartel junto a un pequeño ataúd de cartón que se encontró el Jefe Provincial del S.E.U. un día en su despacho. Se tomó a bien la chanza y pronto les proporcionó un par de cuerdas y una escala.

UN RETO Y UN PROYECTO

Carlos Pellón estaba familiarizado con la topografía y era hábil en el manejo del teodolito. Lo había aprendido de su padre, ingeniero de montes, a quien había acompañado en numerosas ocasiones en el trabajo de campo. La topografía de la gran sala que se había descubierto en la Torca del Carlista unos meses antes estaba todavía por hacer. Ese era el reto que había quedado pendiente en la expedición de julio de 1958. El joven aspirante a ingeniero no lo dudó y en el verano de ese año comenzó una intensa preparación física y técnica en el manejo de la escala. Colgó un tramo en un pabellón sequero de piñas en Gernika, donde veraneaba su familia, y subía y bajaba por él sin tocar suelo, hasta conseguir ascender 150 m de escala en unos 12 ó 15 minutos.

Se entrenaban subiendo y bajando la escala por una fachada de la Gran Vía de Bilbao

Incluso en Bilbao, al anochecer, se veía una escala pendiente del segundo piso en Gran Vía 62, en la fachada que da al parque de doña Casilda, que era la ventana del despacho de los G.U.M. Por ella aparecían aquellos proto-espeleólogos, subiendo y bajando sin parar, y hasta cayendo por sorpresa sobre las parejas

furtivas que buscaban las sombras del parque y veían interrumpido su momento por aquellos extraños seres caídos del cielo, y que inmediatamente después volvían a subir.

Era un proyecto de gran calibre para la época y los medios de que disponían: apenas 70 u 80 m de escalas. Además, se necesitaba financiación, porque harían falta más materiales y bastantes días de permanencia en el interior. En principio, se decidió que cada uno corriera con sus gastos. El factor riesgo estaba también muy presente y había que minimizarlo todo lo posible. Se necesitaba apoyo de gente con experiencia. Pellón comunicó su proyecto a los G.U.M de Madrid y pronto se colgó la convocatoria en todos los centros universitarios de España. Respondieron cinco estudiantes de Valencia², dos de Granada y dos de Madrid. El equipo bilbaíno, con Carlos Pellón al frente, lo formarían Pedro Sánchez Ruiz, Jesús María Garbayo, Vicente Camacho, Aníbal Herrero, los hermanos Rafael y José Antonio López de Munain y el alemán Walter Schaeidt. En total diecisiete espeleólogos. Se dejó claro que había que huir de personalismos, y que el protagonista de todo de aquello debía ser el G.U.M. como grupo.

El acudir a los G.U.M. nacionales hizo que el proyecto cobrase cierta repercusión. Así, se desplazaría un equipo del NODO para cubrir la información audiovisual. También se consiguió una pequeña ayuda económica del S.E.U., y otra gracias a un acuerdo con la empresa "Dolomitas del Norte, S.A." titular de la explotación al pie de la Peña de Ranero, a cambio de extraer muestras de mineral con indicación de su posición en la gran sala.

LOS MATERIALES

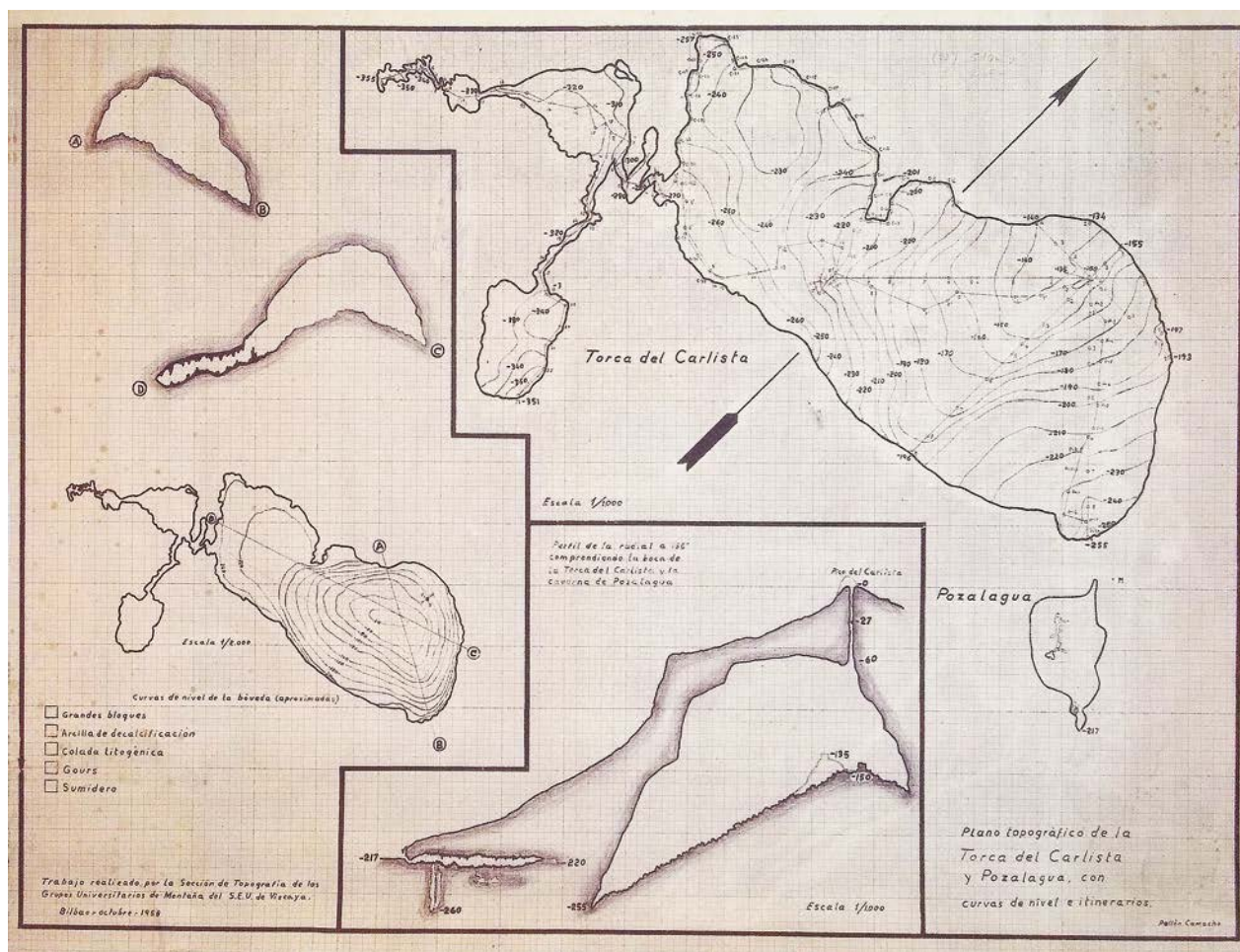
En total se consiguieron 220 m de escala de aluminio y 400 de cuerdas de cáñamo. También otra de nylon que apenas se usó por su excesivo *chicleo* y porque corría riesgo de romperse si la de cáñamo rozaba con ella. Con tiras de cuero para uncir bueyes al yugo adquiridas en el mercado de Gernika se confeccionaron los arneses, añadiendo luego las anillas. Se contaba con un casco militar de acero, que se reservaba para los descensos; otro de motorista y el resto, hasta 14, de fibra de vidrio, para deambular por la sala. Los mosquetones eran de acero, 30, y uno de aluminio, muy novedoso para la época, del que se desconfiaba bastante. Además contaban con 7 clavijas.

Para la comunicación se utilizaría el silbato, con un "repetidor", es decir, un espeleólogo situado en la plataforma a -28 cuya misión era estar atento al silbato de abajo y repetir el toque para que lo oyesen los de arriba. Pero no bastaba con eso, y la solución llegó con un par de micrófonos de bobina, procedentes del desguace de un submarino, unidos por hilo de cobre, sin baterías ni pilas. Se dejaría la línea fija entre el exterior y la base de la vertical, así habría comunicación permanente. Para ello se llevó un cable eléctrico de 250 m.

En cuanto a la iluminación, en la sala se utilizarían las tradicionales lámparas de acetileno acopladas a los cascos, pero en la

1. El Sindicato Español Universitario (S.E.U.) era la Corporación de Estudiantes de los Centros de Enseñanza Superior, al cual se pertenecía por el mero hecho de la inscripción como alumno. Entre sus fines estaba el fomento del deporte universitario. En el caso de las actividades de montaña (esquí, alpinismo, espeleología, etc.) esta función del S.E.U. la cumplían los Grupos Universitarios de Montaña (G.U.M.).

2. Uno de los valencianos era Antonio Martí Mateo, del Centro Excursionista de Valencia, en aquel tiempo estudiante de Intendencia Mercantil. Luego fue guía y profesor de la Escuela de Alta Montaña, guarda del refugio de Góriz durante muchos años (el popular Toni, tan conocido entre los pirineístas) y Medalla de Oro de la Federación Española de Montañismo.



Plano original pasado a limpio en papel milimetrado. Archivo Carlos Pellón

vertical se eligió la eléctrica por elemental medida de precaución, pues era muy arriesgado acercarse a la cuerda de cáñamo. Como anécdota, Toni Martí llevaba un casco con iluminación mixta de gas y eléctrica, pero por lados opuestos (una por delante y otra por detrás), de tal modo que a lo lejos se podía distinguir si iba o venía según la posición de sus luces, razón por la cual le apodaron "El Tranvía". El resto del equipaje consistía en colchonetas inflables, sacos de dormir y 6 tiendas de campaña.

UN OBSTÁCULO INESPERADO

Por fin llegó el momento esperado. El tren de Bilbao a Santander paró en la estación de Ambasaguas el 30 de septiembre de 1958, y comenzó a bajar un grupo de jóvenes cargados con montones de sacos y cajas, y aún más con ilusiones. Al lado de la estación se encontraban las instalaciones de "Dolomitas del Norte", la empresa que puso sus tractores para el transporte de material hasta lo que iba a ser el campo base exterior, situado en las proximidades de la cantera de Pozalagua. Incluso se utilizó la línea de torretas y baldes dada la gran cantidad de carga que había que subir. Una vez en la cantera, al anochecer, levantaron tres tiendas de campaña que servirían de almacén de víveres. Ya estaba todo preparado para subir el día siguiente hasta la boca de la torca, o al menos eso creían, porque mientras cenaban tranquilamente, se les presentó un problema inesperado, algo con lo que no contaban...

La expedición estuvo a punto de ser prohibida por la Guardia Civil en base a un extraño aviso...

Llegó la Guardia Civil porque habían recibido un extraño aviso de que se preparaba una expedición a la Torca del Carlista sin el equipo ni la preparación necesaria, conminándoles a que la impedirían. La conversación tuvo sus dosis de tensión y hubo que avisar al alcalde de Carranza. Se le insistió por parte de los G.U.M. en la importancia y preparación del operativo, que incluso había atraído al NODO hasta Carranza, y al final se permitió la exploración.

ENSAYO GENERAL CON NODO

Al día siguiente, el día 1 de octubre, con todo ya preparado, se sube hasta la boca y se montan unos puentes de cuerda entre las rocas del exterior. De ellos colgará toda la instalación. La escala va en tramos de 25 m. Lo primero que se hace es un descenso de tanteo por parte de Pellón hasta la plataforma de -28 m rapelando en estilo alpino, es decir, pasando la cuerda por la espalda. Lo hacían así en este primer tramo porque bajar introduciendo los pies en los peldaños de la escala, que estaba muy pegada a la pared, era más incómodo.

Se decide el tendido de la línea de teléfono, cosa que era complicada, porque no debía rozar con las escalas ni con las cuerdas de seguro y aprovisionamiento. Para facilitar las cosas al encargado de la comunicación se instala una tienda de campaña junto a la sima, con la terminal del micrófono en el interior. Así podrían oírse mejor los mensajes sin la afección del viento o de las inclemencias.

Por fin llega el momento cumbre, el descenso hasta el fondo, aunque no será el definitivo, que está planificado para el día siguiente. Ahora se trata solo de un ensayo general de toda la vía, para volver a la superficie. Asume la responsabilidad de nuevo Pellón. El momento en el que destrepa los primeros metros, cara a la sima, es de especial intensidad. No hay lugar a bromas. Lo contemplan todos en silencio con cierta tensión. Es el instante en el que la vida del espeleólogo queda pendiendo de la escala, de la cuerda de seguro, de sus compañeros. De nuevo rapelando en estilo alpino, llega a la plataforma. Allí espera a Walter, que hará de "repetidor", como hemos comentado antes. Tras instalarse el alemán en la plataforma, prosigue Pellón el descenso, ya por la escala, la cual va sin anclajes intermedios desde la superficie directamente hasta el fondo. Concentrado en los movimientos y sujeto por la cuerda de seguro, sale al inmenso vacío negro y sigue. Ve como la escala marca su camino vertical, surgiendo y perdiéndose en la nada, en silencio. Por fin alcanza el fondo, todo ha salido bien. Recorre los alrededores para ver una posible ubicación del campamento base y pronto vuelve a la escala. Ahora toca ascender. Cuando llega de nuevo a la superficie hay una escena espontánea de gran carga emocional, pues sus compañeros se funden con él en un abrazo. Han pasado momentos de tensión por la incertidumbre, pero se ha comprobado que el sistema funciona. Curiosamente este momento fue filmado por el equipo del NODO, aunque se ha perdido. En principio, el operador pensaba filmar el interior de la gran sala, pero pronto vio que el descenso era una empresa demasiado difícil y arriesgada para su poca preparación, así que se limitó a bajar a la plataforma de -28 y desde allí asomarse lo que pudo.

LOS EQUIPOS

El ensayo general había concluido con éxito. Esa noche bajan todos de nuevo a la cantera y cenan. Se decide iniciar los descensos definitivos al día siguiente, a las nueve de la mañana. Se formarán tres equipos: dos para el interior y uno para el exterior. El primer equipo interior será el de punta, formado por Carlos Pellón, Jesús M^a Garbayo y Aníbal Herrero como fijos, a los que añadiría un cuarto componente variable, elegido entre los que están en la base en cada momento, así se daba la oportunidad de participar en las labores de punta a todos lo que lo desearan. El carácter permanente de los tres componentes del equipo de punta para todo el transcurso de la exploración se decide por optimizar la mecánica exigida por la topografía.

El otro equipo interior será el de base, así llamado por situarse en la base de la vertical, con la misión de recibir suministros cada dos días y mantener la comunicación con el exterior. Con gran sentido participativo, se establece que este equipo de base será relevado sucesivamente, dando así oportunidad de bajar a todos los que quieran. En este aspecto se respeta escrupulosamente la decisión de cada uno, los que quieran bajar, podrán hacerlo;

los que no, podrán colaborar en superficie. Se evitan así posibles crisis de angustia que comprometan el resultado total de la expedición.

Arriba quedará un tercer equipo, el de superficie, con Pedro Sánchez al frente y Vicente Camacho como encargado de recoger los datos que el equipo de fondo le pasará por teléfono todos los días. Pedro era estudiante de Derecho. Se había presentado en Carranza con traje, maletín y sus libros de derecho. Por unos días se transformó en espeleólogo y volvió a Bilbao de nuevo con traje. Era otros tiempos...

EL DÍA A DÍA SUBTERRÁNEO

Al día siguiente se organizaron los descensos. Sin ningún problema técnico, fueron bajando hombres y material y se tendió la línea de teléfono. Comenzó así el ambicioso trabajo que se habían propuesto. El punto diario de reuniones era el campamento situado cerca de la base de la vertical. Allí comenzaban y acababan las jornadas de trabajo.

Se orientaban por las manchas blanquecinas que divisaban en la bóveda, a modo de "vía láctea"

Era complicado orientarse en aquel caos de bloques. Al principio usaban la brújula para volver al campamento, pero con el paso de los días se dieron cuenta de que las manchas blanquecinas de la bóveda, que alcanzaban a divisar, formaban como una especie de "vía láctea" en aquel firmamento pétreo. Fijándose en esas líneas también lograron orientarse.

En cuanto a la topografía, Pellón fue pionero en la utilización del medidor de pendientes o eclímetro. Pronto vio que sería muy importante para hacer topografías subterráneas, pues con un buen manejo del mismo se sabría la profundidad con la máxima exactitud posible. Por primera vez lo había utilizado en la expedición internacional a Ojo Guareña de agosto de 1958, sorpren-

Rapelando en estilo alpino hasta la primera plataforma, a -28 m · FOTO: Carlos Pellón





Los espeleólogos apenas se distinguen en el enorme espacio subterráneo de la Torca del Carlista. La escala humana es insignificante · FOTO: Josu Granja

diendo a todos por lo novedoso del sistema. Junto al eclímetro, la brújula, el altímetro de precisión y la cinta métrica completaban los útiles necesarios para aquel trabajo.

Desde el pie de la escala, Pellón comunicaba todos los días por el teléfono a Vicente Camacho los datos de exploración y topografía obtenidos. Éste, en la tienda del exterior, los pasaba provisionalmente a papel cuadriculado. Pero además, el jefe de la expedición tenía otra función: afinaba su ojo clínico y se fijaba especialmente en el rictus de los recién llegados. Se trataba de detectar su estado de ánimo, si lo habían pasado mal en el descenso, si aquel ambiente los presionaba, etc. Si notaba en ellos esa especie de zozobra psicológica mandaba que ascendiesen y fuesen sustituidos por otros, para asegurar una continuidad en el rendimiento.

En cuanto a la alimentación, se evitó cocinar porque se entendió que hubiera resultado engorroso, retrasando el resto de operaciones. La comida consistía en conservas, pan y fruta fres-

ca. Para dormir se utilizaron colchonetas inflables y sobre ellas se echaban en sacos. El problema era dar con el lugar adecuado. Tenían claro que había que resguardarse de la eventual caída de piedras, por eso buscaron abrigos o desplomes entre grandes bloques que protegiesen del posible "bombardeo", sin utilizar tiendas. Había mucho temor con esto. Y una vez localizado el resguardo, tenían que allanar la base lo más posible para buscar la posición horizontal de la colchoneta, lo cual lograban calzándola con lascas de piedra. Con el paso de los días fueron perdiendo la noción del tiempo. La primera noche se echaron a dormir a las doce de la noche, pero luego el desfase fue en aumento. Los últimos días se iban a los sacos a eso de las siete de la mañana.

Hay que destacar que en todos los diez días de maniobras no hubo ningún percance técnico. El sistema de cuerda guía funcionó a la perfección. Un espeleólogo al pie de la vertical sujetaba la escala y otro apartaba y tensaba las cuerdas durante las maniobras de ascenso o descenso de sacas y personal, evitando así los



balanceos y enredos. La caída de piedras en esta zona era otro factor de riesgo, sobre todo durante la maniobra de descenso de sacos de provisiones. Comprobaron que el punto más seguro, paradójicamente, era el mismo pie de la vertical, ya que las piedras desprendidas en el tubo por las escalas y cuerdas rebotaban antes de salir al vacío y eso las alejaba del eje vertical exacto.

La preparación física de los componentes del equipo de punta fue excelente, especialmente para la progresión vertical por escala. El intenso entrenamiento de las semanas anteriores daba sus frutos. Pellón, por ejemplo, conseguía tiempos de 15 minutos desde el pie de la vertical hasta el exterior. Hay que tener en cuenta que la escala colgaba sin solución de continuidad, sin anclajes intermedios, y estando en buena forma se podía hacer un ascenso continuado y sin interrupciones.

LA EXPLORACIÓN Y EL NUEVO RÉCORD

Poco a poco el equipo de punta fue recorriendo el perímetro y todos los espacios de la sala, bautizando los diferentes lugares para funcionar con las referencias. La sala de máxima profundidad que se había alcanzado en la Asamblea de julio la denominaron "Sala Récord"³. Aquí el altímetro les indicó -364 m. Sin embargo, pronto entendieron que esta lectura no era fiable, y esperaron a la cota que les proporcionase la topografía. Pero la sorpresa no llegó aquí, sino en otro sitio: al W de la sala Manuel Iradier, la primera a la que se accede cuando se "sale" del gran espacio buscando el camino de la profundidad. Por allí se entró en una pequeña sala que llamaron "Carlitos" (por Pellón).

3. Esta sala fue bautizada en las publicaciones del G.E.V. como Sala Aranzadi



Pellón pone el pie en el primer peldaño de la escala para iniciar el descenso hasta el fondo de la Torca del Carlista. Los compañeros lo contemplan con expectación · FOTO: Carlos Pellón

De ella partía una estrecha galería que había pasado totalmente desapercibida a la anterior expedición por hallarse su arranque totalmente cerrado por estalactitas isotubulares o "macarrones". Gateando y procurando romper lo menos posible consiguieron pasar y avanzaron 80 m, hasta que se cerró totalmente. La llamaron "galería Chiqui" (por Garbayo) y daría una cota 4 metros más profunda (-355) que la explorada en julio por el G.E.V. en la Sala Récord (-351).

Alcanzaron la máxima profundidad (-355 m) por una pequeña galería no explorada hasta entonces, que bautizaron como "Galería Chiqui", por Garbayo

No lo esperaban ni era el objetivo principal de la exploración, pero habían conseguido un nuevo récord de profundidad. El dato era importante y había que confirmarlo con seguridad. El rigor científico se imponía siempre en aquel equipo, así que al día siguiente salió del campamento base otro grupo distinto sin llevar ninguna referencia previa, hasta el punto más profundo. El resultado fue idéntico: la cota de la nueva galería era 4 metros más baja que la conocida por el G.E.V.

EL CARLISTA BIEN VALE UNA MISA

Siguieron los días de exploración y llegó el sábado. Pellón indicó por teléfono a Pedro, jefe del grupo exterior, que el domingo

fueran todos los del equipo de superficie a cumplir con el precepto dominical. Y así fue, pero aquella misa en la parroquia de Ranero iba a ser muy especial.

En el pueblo eran mayoritariamente las mujeres las que asistían a la iglesia. Los hombres eran más reticentes, así que el párroco, emocionado por la novedad, aprovechó para poner a aquellos jóvenes como ejemplo a seguir, máxime cuando Pedro Sánchez, que además de espeleólogo y estudiante de Derecho sabía tocar muy bien el piano, desempolvó el armónium que allí había y acompañó la misa con sus acordes. Fue un éxito total y una de las anécdotas más curiosas de la expedición.

CANSANCIO Y HAMBRE

El paso de los días en aquel ambiente de humedad, oscuridad y esfuerzo constante se dejó sentir. El sueño se hacía cada vez más presente, llegándose al extremo de quedarse algunos dormidos de pie por algunos instantes. Llevaban ya más de una semana prácticamente aislados del mundo, tan solo la noticia de la muerte del Papa Pío XII les llegó del exterior.

Se terminaron las provisiones y los compañeros del exterior descolgaron un saco lleno de manzanas

Quedaba poco para acabar la topografía, pero las provisiones se terminaron. Solo quedaba una lata de sardinas para los ocho que se encontraban en el interior de la torca. Se racionó y se prohibió hablar de comida. La situación no podía mantenerse así por más tiempo, pero el equipo exterior reaccionó rápidamente y se puso a recolectar manzanas allí donde aparecían en las cercanías. Llenaron un saco con ellas, un saco milagroso que descendió por el abismo ante la ansiosa mirada de los hambrientos naufragos de la profundidad. Fue el último aliento. Pronto pudieron dar por terminados los trabajos y con la satisfacción de la misión cumplida, volver a la luz exterior. Habían pasado 10 días y 5 horas⁵.

AGRADECIMIENTOS

He de agradecer muy especialmente a Carlos Pellón su inestimable colaboración. Sus recuerdos y fotografías han hecho posible rescatar para la memoria histórica de la espeleología la expedición objeto de este artículo. También quisieron compartir sus recuerdos conmigo otros veteranos de aquel equipo, como Aníbal Herrero, Toni Martí y Jesús M^a Garbayo (q.e.p.d) a través de su hijo Miguel. Con todos ellos he mantenido entrevistas personales.

Este artículo es una versión reducida del capítulo correspondiente a la historia de las exploraciones en la Torca del Carlista, en el libro "La Torca del Carlista. Uno de los mayores volúmenes subterráneos del mundo" (2016)

4. Sucedió el día 9 de octubre de 1958.

5. Fueron en total 240 horas, que suponían un récord de permanencia en cueva a nivel nacional. La anterior marca estaba en 5 días y medio en Ojo Guareña.